

cible, buen genio : buen genio son prontitud y gracia con las cuales corremos adelante de nuestras obligaciones en favor de nuestros semejantes, y nos hallamos listos á quedar bien con ellos, interviniendo honestidad y decoro. El buen genio es contrario de la cólera, y más de la ira. Puede uno sentirse de súbito prendido en una alta llama, sin dejar de tener, gracias á Dios, buena índole : dormirse en el enojo, dar cabida al rencor en el pecho, estar incubando la venganza de dia y de noche, esto no es del corazon bien formado y el juicio recto, para los cuales agravios son relámpagos que pasan inflamando el horizonte, pero sin dejarlos quemados y marcados con la negra huella de la ira. Ira es la cólera prolongada de la cual es cómplice el espíritu : ira es mal deseo, mala intencion y, cuando halla miembros donde encarnarse, ira es mala obra. Ira contra crímenes deliberados, contra vicios pertinaces ; ira contra tiranías, abusos inrestringidos, iniquidades constantes ; ira contra violencias, injusticias, perversidades é infamias, es santa ira, virtud inseparable de naturales remontados y perfectos. El buen genio puede y debe abrigar en sus entrañas esta noble pasion que está siempre armada de todas armas contra el crimen y el vicio. Sin ella ¿qué fuera de la justicia ? sin ella ¿qué de las buenas costumbres ? sin ella ¿qué de las virtudes ? Oh tú que abrigas á Dios en el pecho, enciéndete, arde en ira, vuela por el mundo y devora cuantas iniquidades hallas al paso, ideas erróneas, acciones nefandas que deslustran y envilecen al género humano, como enaiteza aferrada sobre la parte más noble y visible de su cuerpo.

El hombre de buen genio no muestra ruin condescendencia con los de torcida condicion ; al contrario, su cólera está pronta á caer sobre la propuesta indebida, el deseo reprehensible, el favor criminal que exigen de él los que le irrogan el agravio de juzgarle flaco y miserable. Será manso en las relaciones y casos de la vida donde la indignacion no es deber del hombre de bien : si ante el crimen ó la infamia permanece uno helado, su pecho no encubre el hogar bendito donde se cuecen las virtudes : ése no es de bueno ni de mal genio : es autómeta que vive por máquina, ó perverso que no se ha dejado conocer por falta de oportunidad. Buen genio y buena índole no son una misma cosa : por de buena índole tenemos á esos cuyas propensiones al bien son notorias, al paso que con ellos nada puede el espíritu del mal que anda soplando sobre el mundo y levantando llamas de exterminio en los corazones mal formados. Buen genio es persona mansa, vertible, suave : ni le irritan vanas palabras, ni le encienden chispas ligeras, ni vuela en alas del enojo sobre los que le han tocado blandamente. Cuán mullido y cómodo lecho es el buen genio, bien así para los que lo poseen, como para los que de él sacan ganancia ! La cólera es negra petardista : se queda con cuanto se le da fiado : es ingrata ; nunca vuelve los servicios que se le hacen, como dijo uno que acaso la servia con frecuencia. Cada arrebató es un burujón en el pecho ; cada arranque de furia un golpe mortal para el que lo padece : no avenirse á nada, no tener jamas por solventados para con nosotros á los que nos acompañan y rodean, es vida de Júdas llena de sinsabores y quebrantos. El buen genio se los ahorra sa-

biamente : oye con calma filosófica las sandeces de los mil pedantes con quienes topa cada día : se harta en silencio de la miel empalagosa de esos ruines que nos lavan la cara, hasta cuando se les ofrezca echarnos en ella un puñado de cieno : sufre, y hasta da impulso á las locuras de esos insensatos que se levantan á las regiones inmortales en alas de su alabanza propia. El hombre de buen genio es conllevador perpetuo de cuantos son sus semejantes : á él le cuentan pajarotas, á él le llevan quejas, á él le ocupan de balde en todo. Ente más socorrido para los otros, y más infeliz para sí mismo que el de buen genio, no hay en la tierra : sin estas personas benditas de Dios en quienes descargamos nuestro mal humor, nuestra cólera los irascibles, ¿qué sería de nosotros ? Así como el Hacedor en su bondad infinita crió el caballo, el buey para alivio del hombre, asimismo crió los de buen genio para respiro y desfoque de esos temperamentos inflamables que se prenden y revientan con los rayos del sol, y hasta con los de la luna.

Para la sed devoradora de un camino donde el sol se encarniza sobre la arena y la hace hervir debajo de los piés del viandante, el agua ; el agua fresca y pura que corre murmurando por entre las yerbecillas y las cañas de un oasis : el incendio que nos estaba consumiendo amaina ; las caldeadas paredes del pecho recobran el perdido jugo, y prestan regenerado teatro á las funciones de la vida.

Para la conciencia cargada de terribles culpas, que se ahoga en ellas y arroja por adentro gritos de desesperación,

espoleada por el remordimiento, el sacerdote : el muelle regazo de un santo investido del poder divino con la ejecutoria de las virtudes, es realmente suave para las almas humildes y creyentes : descárganse de malos pensamientos, crudos anhelos, obras perversas, y quedan aliviadas con ese vacío de culpas, y ese depósito de esperanza que vienen á ser entónces sus arrepen- tidos corazones.

Para esos espíritus eléctricos que estallan al menor choque y disparan mortales centellas, el buen genio ; el buen genio de estos hombres buenos, pararrayos de los airables, los arrebatados que se van á las manos donde hallan imprudente resistencia. He oído que nada más al caso para contener á una alma fosca que está tronando y relampagueando, que hacerle cara, ó levantarle el gallo, como dicen. Cuando el valor y el punto no magnifican la exaltacion del ánimo, puede ser ; pero ay de esos que se afrontan por sistema con un hombre prendido en justa furia, que á un mismo tiempo abriga corazón capaz del cielo y de la tierra ! Valen más la modestia, que no tiene necesidad de ser miedo, y esa serenidad rica de filosofía con las cuales algunos temperamentos privilegiados saben romper las tempestades y desbaratarlas, bien como los náuticos hábiles de los mares de China rompen la tromba y le matan en el seno la muerte con que viene amenazando. Sea desprecio, sea reportamiento filósofico, sea elevada indiferencia, lo cierto es que causan asombro esos varones esclarecidos que sojuzgan al enemigo con la paciencia y el silencio, armas de los dioses. Yo no me siento, en verdad, capaz de tanto como ese orador que, teniendo levantado sobre su ca-

beza el baston de su rival, con serenidad enérgica le dice: Descarga, pero escucha! Lo que solemos hacer los hombres comunes, filósofos de teoría, es abalanzarnos al pescuezo de los que nos alzan la mano, y sacarles media vara de lengua, á efecto de enseñarles moderacion y darles buena crianza. Bonito soy yo para que venga á hacerme callar un majagranzas mostrándome los puños! Pues á ése me le voy á fondo, y si no sale como perro con maza, de Dios le venga la salvacion, y váyase el diablo para atrevido. Si es de los que hacen rostro y no usan calzas de Villadiego, sino medias de punto grueso sobre canilla de gallo bien señalada, será ese un asalto de Lubaina, y un puñado de ceniza quedará allí dando testimonio de la insensatez de dos soberbios que, no por falta de talento sino de filosofía, se deshicieron las muelas, ó se abrieron en el pecho heridas tales, que Turno apenas las recibió mayores de la airada mano del hijo de Anquises. Muchos hay que tienen en los labios esta máxima de la Escritura: « Gran virtud es la paciencia: el hombre arrebatado está acreditando su locura; » y en los hechos son un compuesto de salitre, carbon y azufre; pólvora de Flandes que prende la sombra de una chispa. Cuando la paciencia no frisa con la cobardía, ni el buen genio es máscara de la ruindad, son virtudes y prendas nobilísimas de paz y sosiego entre los mortales. Con ser que no soy de los mejores, detesto á esos desventurados que se andan á la greña, y sobre el mio y el tuyo se suben á la parra, y concitan la ira del cielo, y se sacan los ojos, con notable perjuicio de la sociedad humana, la cual ha de llevar adelante en ritmo acorde sus revoluciones en la órbita

de la concordia y el amor, fundamentos fuera de los cuales no hay dicha ni placer que se levanten. La exaltacion del ánimo en las grandes ocasiones, no hay duda sino que es toque de nobleza: sufrimiento que traspasa ciertos límites acredita falta de valor, ó ficcion refinada del orgullo. La única vez que pongo en duda la sinceridad del más santo de los filósofos es cuando le veo recibir un bofeton y un puntapié con rostro sereno, é irse á su casa á contarle á su mujer que un asno le ha dado una coz por ahí en la calle. Pero sí me parece muestra de gran carácter el silencio con que otro estaba oyendo la contumelia de un enemigo suyo, y cuando éste hubo agotado el tesoro de las injurias, siguió adelante su discurso interrumpido, sin aludir á los denuestos que acababa de presenciar el auditorio. Dicen que para tener razones con un borracho conviene haber bebido, y para trabarse de palabras con un loco es necesario haber perdido el juicio: para reprimir á un furioso que nos está insultando de hecho, convendrá que seamos tan brutales y menguados como él? El orador abolicionista Carlos Sumner, apóstol de la libertad de los negros en los Estados-Unidos de América, fué acometido súbitamente en el palacio del Congreso por un diputado del Sur, un negrero cuyos bienes de fortuna consistian en algunos centenares de esclavos africanos. Para las oraciones de Sumner, vírgenes hermosas infundidas de justicia y amor por obra del Espíritu, el negrero tuvo un palo: fué y dió sobre él, y le rompió la cabeza, y le hirió profundamente el cráneo, y le dejó tendido en tierra. El palo fué más elocuente que el verbo encarnado en la voz del santo Casas de los negros; y donde

el propietario de carne humana no pudo responder al Evangelio en boca del orador sublime, halló la providencia que había menester, saliéndole al paso al hombre de la verdad, y averiándole los órganos de la sabiduría. Carlos Sumner falleció después á consecuencia de esas heridas: no he sabido que su infame agresor hubiese muerto en el patíbulo: una ley errónea le quitó al verdugo de los dientes el mejor de sus bocados.

Suelen los perversos sin grandeza de alma beneficiar la bondad de sus semejantes, y sacar oro del sufrimiento de los mansos: los hombres nobles, generosos, que debajo de la capa del mal genio ocultan el buen corazón, y muchas veces el gran carácter, huyen de abusos que los apocarian á sus propios ojos, acreditándolos de injustos y ciegamente arrebatados con esos sus semejantes que no les hacen oposicion, sino es la de la mansedumbre y la justicia expresada con humildad y dulzura. Para con éstos no hay cólera que valga: bien como el rayo se apaga y muere en la fuente adonde le arrastran sus conductores, así el ímpetu destructor cae desvanecido ante la suave moderacion de los que valen con su flema previsiva más que nosotros con nuestra furia ciega. Desgracias muchas y muy grandes, formadas ya en las entrañas de la cólera, han sido conjuradas por esa maga bienhechora que llamamos paciencia. Si ocurriese que entre dos personas que tienen que ver entre sí la una fuera mansa y avenible, ¡ qué de vituperios, deshonras, vergüenzas, homicidios y desventuras de todo linaje nos ahorráramos los mezquinos de los hombres! Si la experiencia propia es vena de sabiduría que vamos

cortando á todas horas con el cincel de oro de la cordura, no disuena el que, sin alabarnos, hablemos de nosotros mismos. Mas como para que este género de escritos exegéticos parezcan abonados á los lectores pobres de indulgencia es preciso que el nombre del autor se lleve tras sí el fiel de la balanza en que le pesan buenos y malos, será obra de más juicio dar aspecto de observaciones generales á lo que por ventura ha ocurrido con nosotros mismos. « Pensais que va á hablar (Miguel de Montaigne) de Julio César ó del gran Pompeyo? No señor; de Miguel de Montaigne es de quien habla, » dice un crítico; de sus gustos, sus caprichos, sus enfermedades: da cuenta de lo que come, lo que bebe: nos delinea su casa, la torre descabrada adonde se retira por la noche con su lámpara en la mano: nos presenta su perro que á fuerza de años no se pone ya de piés ni para ladrar. Este egotista desaforado no pára hasta no hacernos saber cuántas veces al dia echa aguas, y sus aprensiones respecto de la piedra que imagina tener en la vejiga. Y, quién lo creyera, los Ensayos de Montaigne son una de las obras más excelentes y agradables que podemos haber á las manos; de esas obras que nos hacen olvidar comida, sueño, barba, y nos instruyen tanto cuanto nos deleitan. Por eso han dicho que el que ha leído á Plutarco, Séneca y Montaigne puede hacer cuenta que ha leído cuanto bueno hay que leer en el mundo. Addison, el Expectador, hace la observacion de que si ese viejo gascon no hubiera entreverado las cosas á él pertenecientes con la alta historia y los sublimes principios de moral de que están henchidos sus Ensayos, no sería, á buen seguro, tan amena su

lectura. Todo consiste en hablar de sí un autor con ese hábil tanteo, esa gracia mañera con las cuales los más atinados hacen creer á sus lectores que cuando se están magnificando son modestos, cuando muestran sabiduría no la exponen adrede, cuando fantasean y hacen vanagloriosos regates, no es por despertar admiracion ni envidia. Hay egotismo de tal naturaleza que es el embeloso del lector : ¿quién no vuelve al regosto cuando ha saboreado esas anécdotas en que Marco Tulio habla de sí mismo, de su vanidad y sus pretensiones á la gloria, cuando aun no era sino un quídan ambicioso de los muchos que abrigaba su patria ? A la vuelta de su cuestura de Sicilia, dice, pensó que el mundo estaba reboando en su fama, y no se hablaba de otra cosa en la capital del imperio que de Marco Tulio Ciceron. Ocurrió que desembarcase en las costas de la Campania en época de recreo para los patricios de Roma, donde ricos, hombres célebres, matronas de chapa venian á pasar esa *villegiatura* de que tanto gustaban los grandes. Preséntase en Puteoles el ex-magistrado de Siracusa : varones consulares, oradores ilustres, damas de alta guisa, allí están en muchedumbre augusta. Nadie habia salido á su encuentro, nadie se llegaba á rendirle pleito homenaje : malo, dijo para sí el cuestor : no han sabido tal vez que yo llegaba ? esto mismo frisa con lo absurdo ; pues quién no está obligado á saber que llega Marco Tulio Ciceron ? Viendo que nadie se daba por entendido de su presencia, se dirige á un conocido suyo, y depar-tiendo en materias varias, de una en otra le vino á preguntar : Qué dicen de mí en Roma ? En dónde habeis estado, Ciceron ?

Quedóse de una pieza el candidato de la gloria : cuando él pensaba que no habia en Roma otro punto de conversacion que él y su cuestura en Sicilia, ni habian sabido en donde se encontrara. Ahora digo, cosas de éstas ¿las ha de contar ó no un autor ? le han de gustar ó no al lector ? Con todo, para que no me pregunten en dónde he estado, nada diré de mí, sino que hay personas entre las cuales amistad y trato son de corta duracion, cuando al mal carácter acompaña el mal genio uno de los dos : si éste es airable, ése ha de ser bonancible ; si el uno diabólicamente arrebatado, el otro santamente paciencioso : de otra suerte el choque ha de ser continuo, y de ese choque ha de brotar el rayo, bien como de dos nubes cargadas de electricidades opuestas. Los amigos que más duran son los mansos, de buen genio, esos que no se resienten por quítame allá esas pajas, ni se quiebran de un soplo, ni se dan por agraviados á posta para enojarse y retraerse. Los sirvientes más constantes y largos en la casa son los de buen genio : conllevadores sumisos, como el patrono sea bueno, como al palo siga la dádiva, y palabras de cariño borren ofensas, son queridos más que los soberbios que nada quieren sufrir ni disimular. Tenia mi padre un mayordomo llamado don Manuel : hombre más bueno que éste, aguantador y pacífico no ha visto el mundo : no habia quien no le echase una albarda y le pusiese la mano en la bragadura. Resentirse, no era suyo ; exaltarse, ni si le pinchaban con alfileres. Su señor, un trueno : las sobrevientas en él subian á tempestades : don Manuel, invento de Franklin, pararrayo admirable, apagaba en su buen genio y su humildad los caudales

eléctricos que venian amenazando con dejarle consumido. Soltábase al fin en lágrimas el mozo infeliz; y verle enjugarse los ojos con la manga, gimiendo pasito, pasito, sin dejar de comer en medio de su cuita, era de ponerse á llorar junto con él, segun el enternecimiento de todos los corazones. Los « gloton! » « bruto! » « animal! » de la semana llevados en amor de Dios, le valian el domingo una prenda de vestir y ocho reales fuertes en plata; y era don Manuel hombre que no se trocara con un emperador.

Bien es verdad que el buen genio propasado raya en majadería, en idiotez digna de castigo. Yendo á recorrer yo el campo de batalla de Cuaspud en los confines de Colombia, despues de haber pasado el Carchi, iba subiendo una cuesta asaz dilatada: hé allí una voz lastimera de persona que está dando al viento sus desgracias y pesadumbres: es llanto de amor? de dolor físico? de desesperacion? La queja es triste; la voz alta y profunda está resonando en la anchurosa vega. Allá descubro un hombre sentado á la orilla del camino: bláncó el rostro, decente el vestido, su barba negra descende hasta el esternon en madeja sublime: fisonomía más propia de monarca antiguo, nunca han visto mis ojos. Ese Priamo jóven, ese Carlomagno americano es quien está hiriendo el cielo con sus ayes. Grave debe de ser la causa: doy de espuelas á mi cascudo: Eh, buen hombre, qué le ha sucedido á usted? — Me pegó mi mujer, aaah, aaah, aaah! Si el pícaro no se despeña en un pronto, y no se esconde por ahí en un matorral espeso, le mato como hay Dios, haciendo bailar sobre él mi furioso caballo.

Este es un hombre tan bueno, me dijo mi compañero de excursion, que se deja zurrar juéves y domingo por una bruja con quien se casó en mala hora. Su arbitrio es venirse á esta quebrada y llorar á voz en cuello, como á usted le consta. La bondad infamante es pecado en el varon: el sexo enérgico tiene lágrimas para el orgullo, la soberbia, el amor loco, los dolores infernales de su pecho: Satanás llora de cólera y desesperacion; Nélsón se echa á llorar como una mujercilla en brazos de su amada al despedirse para Trafalgar: llorar un hombre porque le zurra su mujer, y llorar á gritos, es otra caída del género humano, y más profunda que la primera. Ese mismo marimacho que así ofendia en las barbas de su marido á la respetable masculinidad, cuando le hubo quitado la vida al infelice á puros golpes, llevó su merecido de mano de un destripaterrones que sabia donde le apretaba el zapato. Señor, suya soy: de mi persona, disponga como le agrade; pero en mi yegua no ha de montar. El cónyugue augusto sabia su deber: tomóla, ensillóla, montóla, rasgóla con tanta gana, que á los quince dias de segundas nupcias habia entregado el alma al diablo la buena de la vieja. Esta, sin duda, no era ni buena ni de buen genio.

Yo he llorado por un zambito criado mio lágrimas que hubieran sido envidia de un hijo: así él de manso, apacible, diligente y amoroso. Mis temporales eran trombas marinas que me las rompía y desbarataba, no á cañonazos, como hacen los navegantes, sino con una humildad, una resignacion al castigo injusto de la cólera, unos ojos tan llenos de amor y lágrimas, que al punto

era yo un san Francisco de Sáles por la mansedumbre, un san Bruno de caridad, á quien los ángeles, sobre sus alas, hubieran arrebatado al cielo. Esta seráfica criatura, familia, amigos, todo en mi proscricion; mi factotum, ministro universal de mesa y cámara, confidente y maestresala, cayó con fiebre un día. Cuando su madre, una negra alta y seca, le echó al pobrecito á la espalda para llevarlo al cementerio, no la seguí por no ir gimiendo por la calle. *Un tigre* para los perversos; para los buenos siempre he abrigado corazón de madre: Jesus tenía también *corazon maternal*: Venid á mí los párvulos! y llora sobre Lázaro el hijo de Dios. Por la tarde, un llanto lastimero llenó de repente la casa donde yo vivía. Era la negra: Señor, me dijo, el señor cura no permite sepultarlo mientras no consignemos los derechos: dice que allí le comerán los perros. Cuando el clérigo vió ante él ese hombre de ojos encendidos, de aspecto feroz, que iba á consumirle, tembló: Señor don Juan, repórtese, por Dios! qué hay? Usted no tiene derecho á los derechos, señor cura, de un desheredado para cuya mortaja y cuya misa fúnebre dejo de comer cuatro días el triste pan del destierro; pero si plata por obras pías, aquí la tiene usted! Y tiro con furia un puñado de dinero sobre la mesa. El clérigo negó todo; dijo que eran mentiras y picardías de la negra, y que el cadáver y yo seríamos servidos como lo manda Dios. Luégo recogió con modestia digna de alabanza el dinero que yo había echado por ahí, y me lo puso en el bolsillo. El *corazon de tigre* y el *corazon de madre* juntos en un mismo pecho suelen hacer las obras mejores de la vida. Otro muchacho tuve, el antípoda de este difunto:

y tenía nombre de profeta, él que era el mismo diablo: bellaco más completo y más lleno de farándulas y embudos, no ha producido la Playa de Sanlúcar. Grandes las faltas y continuas; el castigo de tarde en tarde y menor que ellas. Al más indeciso cachete, al más ligero pasagonzalo, caía muerto ese Guzman de Alfarache pequeño; y era de ver con la gracia que hacia el agonizante: ni la palidez, ni el sudor frío, ni las convulsiones le faltaban para que su traza fuera cumplida. Entónces era el echar yo mano por un látigo, y sacarle vivo como un cohete por esas calles. Tan aviesa criatura me iba corrompiendo: no me gusta ser malo; no quería serlo: le eché de mí y quedé bueno y libre de esa alcabala nefanda de la cólera. Las personas de buen genio y corazón bien formado son los Genios propicios de la vida; las de mal corazón y mal genio son moradas de Satanás.

Celio era un antiguo cuya sangre estaba hirviendo como las aguas del Cócito cuando caen en el Orco: irascible, precipitado, violento: no había discusión que no metiese á voces, ni controversia que no trabucase con vuelos de cólera de cuyas alas llovían las injurias. Convidó una tarde á comer á un amigo suyo: vino temblando el pobre; vino de miedo, y nada más; que de bonísima gana se quedara en ayunas ántes que verse papo á papo y discurrir con Celio. Rompió éste á conversar con tal ardor, que desde la primer palabra estaba eso oliendo á chamusquina. Saben los cielos en lo que hubiera parado el apacible entretenimiento, si su huésped, con sobrada cordura, no hubiera empezado á pasar

por todo cuanto decia su temeroso amigo: « Así es. » « Tienes mucha razon. » « Abundo en tu parecer. » « Dímelo á mí! si eso que tú dices yo lo he visto. » Celio estaba ya comiéndose de rabia: Canalla! dijo, tan bajo así eres, y tan humilde que encubres cuanto despropósito exployo por ejercitar tu ingenio? Oponte, arguye, grita, majadero, á fin de que seamos dos personas.

Bondad que raya en miedo, no es bondad sino baja.

El buen genio es nuncio perpetuo de paz: no trae, como el otro embajador, la guerra en el enfaldo de su túnica, si no recibe el enemigo á costal cerrado las proposiciones que le hace. Si algo desea, es de ver con la tímida incertidumbre que saca la cabeza. Sabe rogar en ocasiones; el exigir, no es suyo; y si se propasa á este extremo de valor, no oímos, vemos sus exigencias en gotas gruesas y cristalinas paradas sobre sus pestañas. La negativa puede afligirle, pero no le irrita: echa sus miradas de suavidad indecible, sonríe con amable melancolía, y guarda silencio.

Ahora ved estotra mujer: jóven aún y hermosa, mas ni por esas infunde amor, sino es el ahinco ilícito que suele ser herencia de la voluptuosidad. Su cara parece más abultada de lo que es: indignacion, soberbia, cólera están soplando en ella, é imprimiendo en sus facciones el sello de las Furias. Ni la mañana con su frescor y alegría le desencapota la frente: el sedimento de la noche, asentado en ella, rechaza el brillo y el gozo matinales. Levántase fruncida, cazurra, zahareña: buen hombre, si eres su marido, no la saludes; su respuesta será un vistazo de Gorgona, ó el sofion con que te estre-

lla en las paredes. Si el buen humor de tu mujer es la salsa con que aliñas tus manjares, el hambre te espera, desdichado. Mirala: sus maneras son bruscas: los labios, sin advertencia propia, se le alzan por las esquinas: te está asesinando con el silencio, y todo lo mata al rededor, si á ella le toca dar la ley en el hogar. Nadie es osado á reír alegremente; mucho será si hay quien hable pasito, con una como reserva temerosa. Se levantó, se fué: á media comida, todos se quedan con la cuchara entre la mano y la boca, y ella como un esfinje, afuera sola y muda. Si eres de los buenos, hombre infeliz á quien deparó el cielo ese demonio en forma de mujer, te afliges, lloras sin lágrimas en lo profundo de tu pecho tu desgracia; desgracia, sin deshonra quizá, pero desgracia. Si no naciste para mártir, he allí rompido el zurrón de Empédocles, y sueltos los vientos por tu casa: ó tienes por mejor meterte dentro de tí mismo, y estar beneficiando sinsabores y amarguras en la noche de tu alma, cerrándoles el paso por medio del silencio, centinela misterioso que muchas veces custodia tesoros de dolor y desventura. Tan propasada es en su mal genio, que esta mujer es mala: ahijándola los celos, rebelada al fin contra el mal trato, con razon ó motivo de algun linaje, sea en buenhora Estinfálida que aterra á quienes la oyen ó la miran; mas si todo es prurito de incomodar y atormentar al que le hizo el favor de darle la mano, á los que le hacen diariamente el de vivir con ella, servirla y sufrirla, sea mil veces maldecida esta hija del infierno que no merece ser esposa ni madre, ni aprovecharse de la luz del día.